

## AGENDA CIUDADANA

### EL DEL CAMBIO, UN TIEMPO PELIGROSO

Lorenzo

Meyer

**Marcador Histórico.**- El peculiar marcador histórico que México tiene con sus transformaciones políticas sustantivas, muestra un 2 a 1 en favor de los finales desastrosos. Desde hace varios años, nuestro país se encuentra inmerso en un nuevo proceso de transición política; lo deseable y posible es que esta vez se imponga el desenlace constructivo. Sin embargo, aún no podemos dar por ganada esa gran partida, y es eso lo que hace peligrosos los tiempos que corren.

El primer gran cambio de la estructura institucional del poder en el México moderno se dio en el siglo XVIII: la reforma borbónica. El evento hizo crujir el entramado social novohispano –la expulsión de los jesuitas es indicador de ello–, pero finalmente el proceso concluyó sin que estallara el marco legal, sin guerra civil; en contraste, las dos siguientes transiciones, las que se iniciaron al despuntar los siglos XIX y XX, terminaron por desatar sendos conflictos de altísimo costo.

**El Gran Reto: Mantener la Estabilidad en Medio del Cambio.**- Las reglas e instituciones políticas que caracterizaron al México de entre la II Guerra Mundial y la nacionalización de la banca en 1982, hicieron de nuestro país una isla de tranquilidad en el mar latinoamericano de golpes, levantamientos y dictaduras militares. Hoy, esa isla se ha convertido en un territorio donde la incertidumbre con síntomas de ingobernabilidad avanza a paso de carga. El viejo y predecible orden de la *pax priista* ya dejó de operar, y México es hoy una sociedad con un sistema político en formación,

que busca crear lo nuevo entre las ruinas de lo antiguo.

En cualquier sociedad nacional, el cambio profundo en las reglas del poder como es la que está experimentando la mexicana –destrucción de instituciones y arreglos fundamentales como lo son un partido de Estado, una presidencia sin contrapesos y una economía semicerrada, y la construcción de una economía de mercado abierta y un sistema competitivo de partidos— es un tiempo de posibilidades constructivas pero también de grandes peligros.

Maquiavelo abordó el problema con una sencilla y moderna claridad: en el arte de la política y desde la perspectiva del responsable de ejercer el poder (el príncipe), lo menos difícil es gobernar lo que el autor florentino llamó un reino heredado, es decir, una sociedad con un gobierno legítimo, bien establecido y cimentado en la tradición. Ahí dominan las inercias, y para ser buen príncipe simplemente se deben respetar las normas establecidas, los equilibrios preexistentes y ser prudente en la administración de lo extraordinario. El verdadero problema de la política, el que pone a prueba toda la capacidad del gobernante, es establecer un sistema de poder nuevo, donde los actores aún no saben cual es exactamente su papel, cuales las reglas y donde están los límites de lo posible y lo conveniente. En esas condiciones, tanto el gobernante como los gobernados requieren de toda la ciencia de la política, la inteligencia, el valor y la buena fortuna que sean capaces de reunir, pues deben enfrentar las tensiones que surgen de la destrucción y recreación de los equilibrios fundamentales entre los intereses de líderes, grupos, organizaciones, clases y regiones.

La fuente inicial de peligro en los tiempos de destrucción de un sistema político que se agotó, brota de la gran resistencia de aquellos que se oponen al cambio porque

afecta sus intereses, especialmente los económicos. La otra fuente de peligro se sitúa en el extremo opuesto y surge de entre aquellos que sufrieron al viejo régimen y que consideran que el presente es el tiempo de hacerse justicia, de convertir en realidad las promesas e incluso de la revancha. Las demandas de quienes son el apoyo social y político del nuevo orden que apenas se dibuja, fácilmente pueden exceder las posibilidades de los nuevos poderes de cumplirlas, especialmente si el sistema productivo se encuentra configurado en una lógica distinta o incluso opuesta a la del proceso político. La frustración de las expectativas de los que apoyaron el cambio, puede conducir lo mismo a la desilusión y desmovilización que a la hipermovilización, a la rebelión en nombre de la utopía, de lo que no llegó a ser.

Finalmente, al perderse el control del viejo orden y no afirmarse rápidamente el nuevo, muchos hilos quedan sueltos y los elementos antisociales, las mafias y el mundo criminal, aprovechan la confusión y los vacíos de poder para cebarse sobre una sociedad, a la vez, irritada, desorientada, temerosa, insegura e incluso nostálgica del orden pasado.

Siguiendo a Maquiavelo, es en la alta calidad del liderazgo donde está la fórmula para que no caiga en un proceso de ingobernabilidad y desintegración aquella sociedad que cambia de manera más o menos rápida su estructura de dominación – lo que en nuestro caso implica el paso del autoritarismo al pluralismo. Desafortunadamente, la experiencia mexicana es pobre en buenos conductores y rica en liderazgos fallidos. El momento actual no nos permite suponer que, en conjunto, los líderes mexicanos –el presidente, los precandidatos, los jefes de los partidos, las cabezas de las grandes concentraciones de capital, los jerarcas de las iglesias,

etcétera— estén a la altura del delicado momento del cambio.

Al examinar la gran complejidad de los períodos de transición política, Maquiavelo fijó su atención en el príncipe. Sin embargo, quizá nosotros debamos hacerlo en otro lado. Hay que partir del supuesto que la posibilidad de lograr un buen cambio hoy en México está menos en la cúpula política y más en otros actores: en los líderes intermedios y en la base de la pirámide. El reto hoy es extender la conciencia entre todos los mexicanos de lo delicado del juego en el que estamos inmersos y proponernos suplir en la medida de lo posible, la falta de calidad, imaginación o sensibilidad de los líderes y forzarles a no llevar demasiado lejos las resistencias, intransigencias, el discurso demagógico y la confrontación.

**La Primera Prueba y el Primer Fracaso-** La forma en que la Nueva España vivió el cambio de su condición de colonia a nación independiente es una enorme tragedia. En 1810 un reducido grupo de criollos en el rico centro del reino –el Bajío-- se propuso dar un golpe sorpresivo contra la poderosa minoría española en momentos en que el gobierno y la sociedad metropolitana se encontraban en una lucha a fondo contra Francia. Les falló la sorpresa y sin pensarlo mucho, el puñado de conspiradores movilizaron en su defensa y apoyo a una mayoría que tenía siglos de resentimientos acumulados: a las masas de indígenas y mestizos. Muy pronto los líderes originales perdieron el control de lo que habían iniciado y la brutalidad de la lucha hizo que el grueso de los criollos se uniera a los españoles en su rechazo a la revuelta y el país se vio envuelto en una horrorosa guerra civil y racial. El resultado fue, entre otros, la pérdida de vidas en un país poco poblado, el ahondamiento de las distancias entre las clases, el freno del crecimiento económico y la pérdida de la oportunidad de crear las

condiciones de solidez interna para enfrentar la gran amenaza externa: a unos Estados Unidos en expansión y con ánimo de conquista.

El cambio político se dio finalmente, pero la estabilidad eludió a México. La inexperiencia, la frivolidad, la deshonestidad, el egoísmo y espíritu de facción que caracterizó a la nueva clase política, hizo que la ingobernabilidad se convirtiera en forma de vida en el siglo XIX. Una sociedad terriblemente fragmentada por la larga dominación colonial, simplemente se quedó a merced de las fuerzas centrífugas. Y mientras a un plano más aparente que real México se convirtió según la caracterización de González Pedrero, en “el país de un solo hombre” (Santa Anna), en el plano real, el de las regiones y lo local, México fue un país de caciques, de bandidos, de ejércitos que se nutrían de la leva y vivían de lo que quitaban a la población. Fue ese un México de arbitrariedades, abusos y ausencia de la ley.

**“La Revolución es la Revolución”**.- La definición que formuló Luis Cabrera del nuevo proceso de cambio que se inició en 1910, es un buen indicador del caos en que volvió a caer México cuando un régimen que propios y extraños admiraron por su estabilidad (reléanse, por ejemplo, los discursos de los enviados extranjeros a las fiestas del centenario del inicio de la independencia) se derrumbó en un abrir y cerrar de ojos cuando un pequeño grupo, armado más de indignación moral que de fuego, le desafió después de decirse burlado en las urnas.

La lucha encabezada por Francisco I. Madero contra el líder “necesario” de tres decenios, Porfirio Díaz, se hubiera evitado si el presidente perpetuo hubiera sido congruente con su propio diagnóstico cuando aceptó que México estaba listo para la democracia y hubiera abierto la vicepresidencia primero y la presidencia después, al

juego de las urnas. En cualquier caso, la lucha inicial fue corta y la destrucción de vidas y propiedades mínima. Existió entonces otra oportunidad de hacer del proceso de cambio una historia muy constructiva, pero Madero contemporizó mucho con sus enemigos, los líderes de la reacción no entendieron que para evitar el combate de fondo con el nuevo México había que cambiar y los representantes de los grupos populares, Pascual Orozco en el norte y Emiliano Zapata en el sur, no estuvieron dispuestos a esperar. El resultado fue otro baño de sangre, más reducido en el tiempo que el del siglo XIX, pero igualmente brutal.

Al final de la batalla una sola facción – la carrancista-- se alzó con todo, pues ya no tuvo necesidad de compartir el poder con nadie. En un corto tiempo el nuevo grupo resolvió sus diferencias internas más agudas –por la vía violenta, desde luego— y dio forma a un nuevo régimen, mucho más incluyente que todos los que le antecedieron y más sensible a las demandas de sus bases sociales, pero no democrático.

**Hoy.**- Al final de los años sesenta y principio de los setenta el nuevo régimen hizo un uso excesivo de la violencia y empezó a dar muestra de haber alcanzado los límites de su capacidad de inclusión. El sistema se estaba haciendo viejo y los elementos que iban a llevar al cambio comenzaron a surgir. El fracaso de la conducción económica de José López Portillo aceleró ese proceso y la implantación de un nuevo modelo por la vía del autoritarismo hizo coincidir, en 1988 el resquebrajamiento del partido de Estado (formación del FDN) con un salto cualitativo del PAN.

Fue en esas nuevas circunstancias –un PRI nacido para no competir debía

enfrentar a dos oposiciones electorales fuertes, un aparato gubernamental autoritario perdía recursos en favor del mercado y un entorno internacional posterior a la Guerra Fría ya no aceptaba la represión abierta y en gran escala contra quienes exigían democracia— donde el liderazgo volvió a fallar. Con una actitud no muy diferente, en el fondo, a la de Porfirio Díaz, tanto Miguel de la Madrid como Carlos Salinas y Ernesto Zedillo prometieron democracia pero, en la práctica usaron su tiempo para llevar a cabo una lucha de resistencia al cambio y al final los tres perdieron el control del proceso.

Hoy ya nadie en lo particular puede tener la dirección de la transformación mexicana. El rumbo colectivo es el resultado del choque y la pugna sistemáticas en un contexto de corrupción y donde no hay un acuerdo sobre las reglas básicas. Fallaron los responsables máximos. Cada vez más, la suerte de la transición está en manos del buen juicio ciudadano y el azar y menos en los líderes. ¿Se podrá, pese a la manipulación, la mercadotecnia, los grandes intereses creados y la ausencia de una tradición democrática, hacer prevalecer el interés de largo plazo de una mayoría tan heterogénea y socialmente dividida como la mexicana? Confiemos en que así sea y hagamos lo posible porque así sea.